

DESAFIO Y COMPROMISO DE GENERAR UNA SOCIEDAD MÁS FRATERNA Y JUSTA

Maria Cristina Roth

roth.cristina@gmail.com



DESAFIO Y COMPROMISO DE GENERAR UNA SOCIEDAD MÁS FRATERNA Y JUSTA

Maria Cristina Roth

roth.cristina@gmail.com

El mundo sigue poblado de múltiples formas culturales, lenguas, religiones, cosmovisiones diferentes. Y este es el contexto en el que se desarrollan las actividades económicas lucrativas, organizadas en moldes competitivos y monopólicos, nacionales e internacionales. En la medida en que se liberan y agilizan las fuerzas productivas, junto con las relaciones de producción, demarcan las condiciones de igualdad y libertad de los propietarios de capital y fuerza de trabajo organizados en forma contractual.

Cuanto más desarrollado sea el capital, tanto más extenso será el mercado en el que circula, mercado que constituye la trayectoria espacial de su circulación y una mayor anulación del espacio a través del tiempo y generación de conflictos entre los que están dentro del sistema y aquellos que no. En las últimas décadas del siglo pasado se disuelven muchas fronteras entre los mercados financieros nacionales y surge un mercado global de capitales. Las corporaciones transnacionales, precisamente las mayores beneficiarias de la liberalización de los mercados, son especialistas en planificación. Todo se planifica con rigor y sistemáticamente, aún la vida de las naciones y de los pueblos.

La globalización es problemática y contradictoria, y conlleva en sí misma la dialéctica de la fragmentación y la integración, el nacionalismo y el regionalismo, la interdependencia de las naciones, la modernización del mundo, la aldea global, la continuidad y la discontinuidad, la sincronía y la diacronía, la multiplicidad de los espacios y la pluralidad de los tiempos, lo local y lo global, el yo y el "otro".

Más importante, y, a la vez, más enigmático, es el crecimiento sin ocupación adicional. No es que falte el crecimiento económico crece considerablemente, pero no alcanza a todos, hay a la vez macro-éxito y micro-miseria.

La sociedad ha demostrado con una obscena desnudez que la economía produce más exclusiones que no acertamos a comprender y a corregir. Mientras que en la época de la posguerra el núcleo de la cuestión social estaba en la redistribución, el principal acontecimiento de nuestras economías es la

exclusión de grupos enteros del mercado de trabajo o la inclusión con exclusión. El aumento del desempleo y la aparición de nuevos modos de pobreza han adquirido dimensiones y formas inéditas; los fenómenos actuales de exclusión no pueden entenderse con las categorías tradicionales de la explotación.

En nuestra época se han inaugurado nuevas formas de control social, sutiles flexibles, invisibles, a través del proceso narcisista de seducción que invita al no-compromiso, al hedonismo y al aislamiento. La persona se ha emancipado de todo marco de control trascendente pero ha caído en “la era del vacío”. Vivir sin ideales, sin objetivos trascendentes, sin compromisos políticos, reduce los intereses personales que toman entonces dimensiones desmesuradas. El yo se ha convertido en un espacio amorfo, flotante, y el narcisismo hace posible un nuevo tipo de control, ya no vertical y externo. El poder se ha internalizado cada vez más en un poder más sutil: el dinero. La sociedad de consumo, por su parte, ejerce el control social a través del placer y del deseo.

Como nos dice prístinamente Mounier “Superado por sus obras, el hombre contemporáneo raramente ha dominado tan poco como hoy el medio en que se sumerge. Sus conceptos, sus instrumentos, sus sentimientos, ya nada de él mismo se acomoda al mundo que lo rodea, ni es capaz de asegurar allí su soberanía. De ahí el éxito de las doctrinas que describen la hombre como un solitario, que declaran al mundo absurdo. Impresiones fuertes de una impotencia y el misterioso designio que anudan –en él- las cifras entrelazadas de un destino opresor y de una vocación que es lanzada, como un desafío a todas las fuerzas del mundo” (Mounier 2002:614)

Existimos en la medida que asumimos la existencia como un acontecimiento que supone la espera, el querer, el “ordo amoris”. Aquí se conjugan intrínsecamente la alegría existencial con la tensión trágica, que hacen de nosotros personas responsables y seres capaces de dar respuestas. No encontramos nuestro lugar en un mundo atomizado y avasallado. En este mundo de situaciones impuras y contaminadas, donde reina el dis-valor, le es muy difícil a la persona querer actuar y no abandonar sus principios. El hombre podrá poseer grandes riquezas terrenas pero la riqueza más grande de todas, la obtendrá cuando se descubra a sí mismo, cuando las personas concienticen este significado, el sentido de la vida, las prioridades, el valor que las cosas actualmente tienen, se reacomodarán de una forma totalmente diferente a la que tienen actualmente y este será el principio de la nueva gran civilización: “LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR” como lo anunciaba Juan Pablo II.

Mientras sigamos asediados por enormes tensiones y el vértigo, el aceleramiento temporal, la condición humana se hace cada vez más vulnerable

y la persona se siente arrastrada por fuerzas descomunales que no comprende.

El ser humano tiene el privilegio, por su naturaleza humana, no sólo de poder adaptarse a su medio, es capaz de la reflexión crítica sobre el acontecimiento vital, posee capacidad de disenso, pero, también le es necesario ensimismarse y establecer distancia de las situaciones a fin de alcanzar capacidad crítica y valorativa propia. Único camino para no quedar reducido a un engranaje de una maquinaria cuyo funcionamiento no comprende, y cuyos fines le son ajenos.

Esta dinámica expansiva y acelerada que actualmente toma la forma de globalización es generada por la burocracia tecno-capitalista que representa no sólo la mayor conexión entre los países, regiones y personas a escala mundial, sino también mayor concentración del poder económico, tecnológico y financiero de la historia.

La globalización, sin embargo, nos ofrece una engañosa forma de nomadismo virtual: la paradoja de un **nomadismo sedentario**. Podemos recorrer el mundo sin salir de nuestro limitado rincón. Los medios de comunicación y las redes informáticas, nos fijan a un asiento dejándonos la sensación de estar siempre en otra parte. Los espacios virtuales parecen desplazar los espacios reales.

La globalización de la democracia podría compensar los graves riesgos sociales que implica la globalización del mercado. Lo que se requiere, esencial y prioritariamente, es un amplio foro de discusión en expresión y defensa de los propios intereses nacionales y personales. La universalización de la democracia tiene que ser un proceso dinámico, de conquistas graduales.

Sin embargo, a pesar de la magnitud y la extensión de la ciencia y la tecnología, como del poder de la industria y del aumento de la producción hay profundos y graves problemas que atraviesan la humanidad entera: marginación, violencia, pobreza, deterioro ambiental, proceso de secularización y laicismo en la sociedad. Muchos consideran que esto se genera por la ausencia de conciencia ética y política en la sociedad.

Se trataría, entonces, de humanizar el capital, y de re-orientar el progreso tecno-científico de acuerdo a fines éticos. Pero la gravedad de la crisis exige reconocer que hay una crisis de la ética y de la política. Cuando la ética es arrastrada a remolque de los procesos productivos de las innovaciones tecnológicas, su función queda reducida a introducir meras regulaciones en prácticas ya instaladas. En esta situación, el nivel fáctico asume la hegemonía sobre la estructura ética, y, los criterios utilitaristas y pragmáticos reemplazan los principios morales. La ética ha quedado reducida a establecer regulaciones legales al avance tecno-económico. Tal, como claramente lo señala Dussell, en

su ética de la liberación, debemos reconocer al prójimo como imagen de Dios Vivo, de esa manera cuando ayudamos a los demás, no lo hacemos sólo por compasión, porque nos duele su miseria y sus problemas. Los ayudamos porque conocemos la inmensa nobleza que ellos tienen, y esto es posible gracias al amor fraterno.

Así nadie será un enemigo, un competidor o una molestia. Todos nos parecerán igualmente sagrados y, así, tendremos la posibilidad de vivir a fondo nuestra relación con los demás. Intentando contemplar al mundo con otra mirada, renunciando a la posesividad, a las obsesiones, a la dominación del otro.

Sostenemos que, uno de los caminos, no el único, es desplegar nuestra creatividad produciendo un cambio en la vida social, política, cultural y económica de nuestra comunidad chubutense, en forma tal que fomentemos el crecimiento de las regiones- costera, meseta y cordillera- y relaciones en forma mancomunada, orientadas al bien común, abandonar los sectarismos y prebendas, de manera de activar a la acción a cada uno de los habitantes de la provincia poniendo las capacidades tecnológicas al servicio de ellos. ¿Cómo se llega? Volver a ganar el control de la actividad política y social, re-orientando la misma al servicio y preservación de la vida de las personas.

La escena que evitamos mirar son los carenciados, los invisibilizados, los sin-voz, los discapacitados o los capaces de la diferencia. La pobreza, la vulnerabilidad y la exclusión es lo que exige ante nuestra mirada una conversión, un compromiso y revolución estructural.

Por ello, me remito a Ley Ovina que rige en la provincia de Chubut con la finalidad de preservar las economías regionales, a sus pobladores, sus unidades de producción para asegurar a los habitantes de la provincia un crecimiento económico sustentable, integrador con equidad, fraternidad y sostenido.

A continuación me remito a la investigación empírica con datos relevados por la Secretaría de Producción Ovina de la Provincia del Chubut, siendo los mismos los siguientes:

La producción ovina en la Provincia del Chubut Territorio y producción ovina

La Provincia del Chubut cuenta con una superficie de 22.468.600 ha de las cuales 19.100.423 tienen destino agropecuario. Se trata de pastizales naturales, o sea tierras con limitaciones, donde no es posible la implantación de cultivos. Las zonas de regadío se encuentran en el Valle Inferior del Río Chubut y en el Valle de Sarmiento así como las de los valles cordilleranos y precordilleranos, las que en conjunto no superan las 100.000 hectáreas.

La predominancia de un pastizal en base a especies leñosas determina que la especie dominante sea el ovino. Las mayores exigencias en cantidad y calidad de forraje y agua de los vacunos limitan el área potencial para el desarrollo de esta actividad a la zona cordillerana y valles. Por otro lado, las características de la producción caprina acotan su difusión a un tipo particular de sistema de producción conformado en general por pequeñas unidades con uso intensivo de mano de obra familiar.

La población total de la Provincia según datos del Censo del 2001 era de 413.237 personas. El grado de urbanización provincial es comparable al promedio nacional. El 82% de la población se concentra en los cinco principales núcleos urbanos (Comodoro Rivadavia, Trelew, Puerto Madryn, Esquel y Rawson). La población rural totaliza 45.450 personas, correspondiendo aproximadamente al 11% del total provincial, que viven en municipios o comunas rurales de menos de 2000 habitantes, incluyendo la población dispersa.

Por las características y la cobertura territorial de la actividad ovina en la provincia esta es una fuente genuina de recursos y trabajo para las poblaciones rurales tanto en forma directa como indirecta. También participa del movimiento económico de las áreas urbanas donde se encuentran las plantas de acopio de lana, los lavaderos y peinadurías, así como gran parte de los comercios proveedores de insumos para el sector.

Vemos que los habitantes del lugar padecen una contaminación por agroquímicos y falta de atención primaria de la salud, padecen enfermedades pulmonares por la cantidad de humo que aspiran, dada la precariedad de sus viviendas, en su mayoría de adobe, y que la única manera de calefacción y cocinar es en base a la leña, que recogen del mismo campo, además no tienen agua corriente, ni siquiera, en su mayoría potable. La extraen de pozos. Las condiciones de vida son indignas, sin acceso a la salud, a la educación, perdidos en la inmensa meseta, con condiciones climáticas altamente desfavorables, tanto en invierno como en verano.

Padecen también, los efectos de la economía sin fraternidad ni justicia alguna para con ellos, una actividad comercial que los destruye, ya que no son dueños ni siquiera de la tierra que habitan, que originariamente les perteneció a sus antepasados. Tierra que está siendo depredada poniendo a la humanidad en peligro. Es hora que dejemos de mirar lo inmediato, para ver más allá, dejando de pensar en el rédito económico inmediato, fácil y rápido: lo que ocasiona un descuido egoísta del uso del medio ambiente en pro del beneficio económico de unos pocos.

Nosotros, en la Patagonia, debemos estar alertas porque tenemos una gran reserva de agua para el mundo y no se puede ignorar que las miradas de los grandes países desarrollados a nivel internacional nos miran como la reserva

del mundo y bajo la excusa de cuidarnos pueden atentar contra las soberanías nacionales.

Tanto el rico, como el pobre tienen igual dignidad porque a los dos los hizo el Señor (Pr 22,2) y hace salir el sol sobre buenos y malos (Mt 5,45). Esto tiene consecuencias prácticas, como lo señalaron los Obispos de Paraguay, en la Conferencia Episcopal Paraguaya en junio de 1983. "Todo campesino tiene derecho a poseer un lote racional de tierra donde pueda establecer su hogar, trabajar para su subsistencia de él y su familia y tener seguridad existencial. Este derecho debe estar garantizado para que su ejercicio no sea ilusorio sino real. Lo cual significa que, además, del título de propiedad, el campesino debe contar con medios de educación técnica, créditos, seguros y comercialización asegurada de su producción".

Recordemos que el medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quién se apropia de algo es sólo para administrarlo en beneficio del bien común, ¡de todos!

Surge como prioritario trabajar en pos de lograr la Coordinación de los programas y planes existentes o futuros en el marco de este Plan Ovino. Distintos organismos, instituciones, asociaciones, trabajan en planes, programas y proyectos relacionados, con escasa coordinación de actividades, lo que implica superposición, ineficiencia, y vacíos temáticos.

Igualmente relevante es la necesidad de generar un Sistema integrado de Capacitación, Educación y Asistencia Técnica, relacionado tanto al sector productivo primario, operarios y trabajadores rurales, como así también al sector agroindustrial, técnico, profesional y demás componentes del sector.

La evaluación y monitoreo del Plan deberá analizar tanto los indicadores propuestos para cada actividad, como así también los niveles pertinentes de Capacitación, Educación y Asistencia Técnica y la adecuada Coordinación con otros organismos, disminución de la brecha tecnológica, la innovación y el conocimiento de la cadena de valor; generaran las condiciones para disminuir los riesgos inherentes a los mercados globalizados. Ya que ésta ley ovina favorece al mediano y gran productor, porque solamente se ven beneficiados por ella aquellos que poseen como mínimo cuatro mil cabezas de ganado. Quedando excluidos todos los productores minifundistas, generalmente pertenecientes a la etnia de los pueblos originarios.

Acompañó este análisis con algunas imágenes referentes a la actividad ganadera de la Provincia de Chubut, caracterizada por la explotación de ganadería ovina (merino australiano) y caprina.



La crisis en la que vivimos, nos plantea un desafío: re-humanizar nuestra sociedad, acción capaz de favorecer el desarrollo de aquellos valores arquetípicos que nos movilicen y sean referentes para un “buen vivir”. Para poder concretarlo, para que vida, dignidad y persona interactúan recíprocamente.

¿En qué medida el mundo nos afecta en nuestro intento de vivir una vida valiosa y digna? ¿En qué medida puede el ciudadano ser realmente protagonista y constructor de esa vida?

Los habitantes del interior de esta provincia pertenecen al mundo desvitalizado y desolado en que cada persona ha renunciado a ser persona para llegar a ser un cualquiera, no importa quién. *El mundo del impersonal*, revela una sociedad y población fragmentada y segmentada, no conformando un nosotros, un todo. No está ligado a tal o cuál forma social si no que es, en todas, una manera de ser. El primer acto de la vida personal es la toma de conciencia de esta vida anónima y la rebeldía contra la degradación y violencia que representa y genera en cada uno que vive en esa soledad y que se ignora la presencia del otro, al que además lo llama “su amigo”, un doble de sí mismo, en el que puede satisfacerse o asegurarse. ¿Qué genera? Violencias, conflictos, migraciones forzadas, desplazamientos a las zonas urbanas, precarización del empleo, predominio de la razón instrumental, miedos concretos y difusos, falta de políticas sociales que promuevan la cultura del trabajo y el desarrollo de las economías regionales. El retorno a los fundamentalismos religiosos, raciales o morales, como trincheras para fabricar

certezas y seguridades mínimas que configuran el rostro complejo de nuestros “paisanos” en la que se contrae el circuito de los incluidos y se expande el cinturón de exclusión.

Este hombre, nuestro gaucho -el paisano- prefiere la esclavitud en la seguridad, al riesgo en la independencia, la vida material y vegetativa a la aventura humana.

Sin embargo, la rebeldía contra el adiestramiento, la resistencia a la opresión, al trabajo en negro y precarizado, es su último recurso cuando el mundo se levante y asuma el desafío de humanizar su accionar. ¿No nos sentimos interrogados, interpelados por la mirada triste, lejana, absorta de esta nena?



La tarea de la realización de la existencia se hace siempre en el presente, el proyecto innovador tiene lugar desde el presente, porque si nos empeñamos en someter la actualidad a los mandatos del pasado, envejece. Envejece el significado de los hechos, volviéndole la espalda al desafío de enriquecer, se renuncia a incidir sobre el hoy desde el mañana.

Por ello a través de las redes sociales, de las políticas sociales del estado como así también de la actividad misionera de la iglesia, se coordinan líneas encaminadas a garantizar la igualdad de oportunidades, teniendo en cuenta las diferentes realidades de sus protagonistas, tanto para la promoción como para el fortalecimiento y el desarrollo de proyectos basados en el comercio justo, sustentable y sostenible.

En ese escenario frágil no somos sólo agentes, nosotros mismos somos responsables de algunos de los riesgos que provocamos. Son aspectos inevitables de la vida en un mundo incierto y a veces hostil.

El continente latinoamericano caracterizado por sus múltiples contrastes nos impone y nos desafía a intervenir desde “este espacio” en el planeta con una mirada más universal. Patentizando nuevas acciones políticas a partir del bien común. Basta con mirar a Europa, a sus miles de indignados y desocupados, o a los millones de pobres de la nuestra América Latina y el Caribe. Por cierto, a nivel mundial, si bien hay un leve decrecimiento del número de personas hambrientas desde 1990 a la fecha, en 2012 la FAO ha calculado que la cifra de subnutridos (mal nutridos crónicos) asciende a 868 millones, de los cuales 852 millones corresponden a países en desarrollo. En el mismo orden de cosas, basta con repasar las cifras de la pobreza y la indigencia en nuestra región: la Comisión Económica para América Latina y el Caribe proyecta que la región finalizará este año con 167 millones de personas en situación de pobreza, un millón de personas menos que en 2011, lo que equivale a 28,8% de los habitantes. El número de personas en extrema pobreza o indigencia se mantendrá estable en 2012, sumando 66 millones, la misma cifra que en 2011 (Cepal, 27 de noviembre, 2012).

La fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre. La familia es la fuente de toda fraternidad, y por eso es también el fundamento y el camino primordial para la paz, pues, por vocación, debería contagiar al mundo con su amor.

El número cada vez mayor de interdependencias y de comunicaciones que se entrecruzan en nuestro planeta hace más palpable la conciencia de que todas las naciones de la tierra forman una unidad y comparten un destino común. En los dinamismos de la historia, a pesar de la diversidad de etnias, sociedades y culturas, vemos sembrada la vocación de formar una comunidad compuesta de hermanos que se acogen recíprocamente y se preocupan los unos de los otros. Sin embargo, a menudo los hechos, en un mundo caracterizado por la “globalización de la indiferencia”, que poco a poco nos “habituá” al sufrimiento del otro, cerrándonos en nosotros mismos, contradicen y desmienten esa vocación.

En muchas partes del mundo -y nuestra provincia no es ajena-, continuamente se lesionan gravemente los derechos humanos fundamentales,

sobre todo el derecho a la vida y a la libertad religiosa, libertad cultural, propiedad de la tierra. El trágico fenómeno de la trata de seres humanos, con cuya vida y desesperación especulan personas sin escrúpulos, representa un ejemplo inquietante. A las guerras hechas de enfrentamientos armados se suman otras guerras menos visibles, pero no menos crueles, que se combaten en el campo económico y financiero con medios igualmente destructivos de vidas, de familias, de empresas.

La globalización, como ha afirmado Benedicto XVI, nos acerca a los demás, pero no nos hace hermanos. (Benedicto XVI: 2009:7) Además, las numerosas situaciones de desigualdad, de pobreza y de injusticia revelan no sólo una profunda falta de fraternidad, sino también la ausencia de una cultura de la solidaridad. Las nuevas ideologías, caracterizadas por un difuso individualismo, egocentrismo y consumismo materialista, debilitan los lazos sociales, fomentando esa mentalidad del “descarte”, que lleva al desprecio y al abandono de los más débiles, de cuantos son considerados “inútiles”.

Al mismo tiempo, es claro que tampoco las éticas contemporáneas eurocentristas son capaces de generar vínculos auténticos de fraternidad, ya que una fraternidad privada de la referencia a un Padre común, como fundamento último, no logra subsistir. Una verdadera fraternidad entre los hombres supone y requiere una paternidad que se preocupa por “el otro.”

“En la *Caritas in veritate*, mi Predecesor recordaba al mundo entero que la falta de fraternidad entre los pueblos y entre los hombres es una causa importante de la *pobreza* (Benedicto XVI: 2009:13). En muchas sociedades experimentamos una profunda *pobreza relacional* debida a la carencia de sólidas relaciones familiares y comunitarias. Asistimos con preocupación al crecimiento de distintos tipos de descontento, de marginación, de soledad y a variadas formas de dependencia patológica. Una pobreza como ésta sólo puede ser superada redescubriendo y valorando las relaciones *fraternas* en el seno de las familias y de las comunidades, compartiendo las alegrías y los sufrimientos, las dificultades y los logros que forman parte de la vida de las personas.”

Además, si por una parte se da una reducción de la *pobreza absoluta*, por otra parte no podemos dejar de reconocer un grave aumento de la *pobreza relativa*, es decir, de las desigualdades entre personas y grupos que conviven en una determinada región o en un determinado contexto histórico-cultural. En este sentido, se necesitan también políticas eficaces que promuevan el principio de la *fraternidad*, asegurando a las personas –iguales en su dignidad y en sus derechos fundamentales– el acceso a los «capitales», a los servicios, a los recursos educativos, sanitarios, tecnológicos, de modo que todos tengan la oportunidad de expresar y realizar su proyecto de vida, y puedan desarrollarse plenamente como personas.

También se necesitan políticas dirigidas a atenuar una excesiva desigualdad de la renta. No podemos olvidar la enseñanza de la Iglesia sobre la llamada *hipoteca social*, según la cual, aunque es lícito, como dice Santo Tomás de Aquino, e incluso necesario, «que el hombre posea cosas propias», en cuanto al uso, no las tiene «como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás» (Benedicto XVI 2009: 15)

Finalmente, hay una forma más de promover la fraternidad –y así vencer la pobreza– que debe estar en el fondo de todas las demás. Es el desprendimiento de quien elige vivir estilos de vida sobrios, de quien, compartiendo las propias riquezas, consigue así experimentar la comunión fraterna con los otros. Esto es fundamental para seguir a Jesucristo y ser auténticamente cristianos. No se trata sólo de personas consagradas que hacen profesión del voto de pobreza, sino también de muchas familias y ciudadanos responsables, que creen firmemente que la relación fraterna con el prójimo constituye el bien máspreciado.

Las graves crisis financieras y económicas –que tienen su origen en el progresivo alejamiento del hombre de Dios y del prójimo, en la búsqueda insaciable de bienes materiales, por un lado, y en el empobrecimiento de las relaciones interpersonales y comunitarias, por otro– han llevado a muchos a buscar el bienestar, la felicidad y la seguridad en el consumo y la ganancia más allá de la lógica de una economía sana. Ya en 1979 Juan Pablo II (*Laborem Exercens*: 2000: 30) advertía del «peligro real y perceptible de que, mientras avanza enormemente el dominio por parte del hombre sobre el mundo de las cosas, pierda los hilos esenciales de este dominio suyo, y de diversos modos su humanidad quede sometida a ese mundo, y él mismo se haga objeto de múltiple manipulación, aunque a veces no directamente perceptible, a través de toda la organización de la vida comunitaria, a través del sistema de producción, a través de la presión de los medios de comunicación social».

Conspiran contra la fraternidad el crimen organizado y la corrupción, ya que generan un aumento de las desigualdades entre los grupos sociales, que erosionan la cohesión social y además ponen en jaque al sistema democrático y republicano de gobierno. Esto genera una situación de inseguridad institucional estructural en la sociedad, y una desorganización social, política, económica, cultural y de desgobierno; ya que los ciudadanos no se sienten representados ni protegidos por los poderes políticos, menoscabando las libertades individuales.

Fraternidad y Justicia

Si entendemos a la categoría de fraternidad como elemento fundante de nuestra vida cultural propia de nuestra condición humana y, a la vez, como aquel espacio interpersonal constituyente de nuestra identidad tanto personal

como comunitaria. Como dice (Di Lascio: 2014:12) “Somos seres cuya vivencia social es primigenia en la constitución de nuestro proceso afectivo y racional personalizante. Al mismo tiempo esa vinculación no anula sino fecunda la novedad personal que surge del intercambio vivencial con el medio, y la propia vida interior otorgando originalidad a nuestro estar en el mundo. Sin embargo, la legítima diversidad en la convivencia de iguales presupone, por ello mismo las tensiones o intereses diversos, plantea naturalmente la legitimación de la organización del poder. Estas tensiones sociales ínsitas en las relaciones humanas y que llamamos conflicto, son la condición en la que nos asomamos a la relacionalidad humana y desde esa pluri-tensión encontramos diversos modelos de organización social que dan cuenta de la gestión de lo plural. Porque esta novedad personal se juega en el seno de relaciones múltiples que reclaman la responsabilidad de elecciones de nuestros modos de relación que en el juego de la fuerzas de asimilación, intercomunicación y dominio pueden establecer diversos escenarios de convivencia social. Aquí la noción de fraternidad emerge como clave paradigmática de lo que se manifiesta en la originalidad de todo ser humano, en su autodeterminación vinculante de dar lugar a la novedad de todo “ser frente a mí” como absoluta otredad y desafío a la libertad más originaria que es la de volverme disponible a su presencia.”

La fraternidad supera la justicia y la completa siguiendo el camino de la entrega y el perdón. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en la vincularidad entre las personas donde nos constituimos como tales. La única garantía de libertad es la fidelidad del hombre a la verdad que posibilita su desarrollo integral. Para la sociedad de los hombres y de los pueblos la libertad es un derecho irrenunciable. Su doctrina social está el servicio de la verdad, de la verdad que libera, abierta a ella que la hace portadora de una vida siempre nueva.

Como afirma Enrique del Percio, la fraternidad puede ser entendida en dos sentidos diferentes si bien no opuestos ni contradictorios: en un primer lugar, la fraternidad puede ser entendida “como origen del cual no podemos evadirnos”; por otro lado, también podemos considerarla “como finalidad a alcanzar”. Escribe Del Percio que es este segundo sentido el más frecuente: algún día, se dice, todos seremos *fratres*, hermanos, nos llevaremos bien, estaremos unidos. “Pero también podemos pensar a la fraternidad universal como una suerte de metáfora de la sociedad: si somos todos hermanos es porque no hay un padre que imponga la ley ni una madre-útero que nos contenga a todos en armonía”. Esto es, al afirmar que los seres humanos somos todos hermanos “equivale a decir que el conflicto es constitutivo e irradicable de la vida social. Ello se debe a que las relaciones horizontales incentivan al conflicto, mientras que las verticales tienden a disuadir al de abajo (Del Percio: 2013, versión digital)

¿Qué observamos hoy en Chubut? Un eclecticismo cultural asumido sin sentido crítico alguno, superposición de culturas unas con otras,

intercambiables, dominación cultural, hasta nos atreveríamos a decir, dominación y colonización cultural. ¿Qué genera? Ausencia de diálogo intercultural e intracultural, tanto en el plano social, como político y económico. El relativismo cultural y moral que hoy vivimos, donde no hay diálogo auténtico entre las culturas hace que se vaya perdiendo y diluyendo el sentido profundo de la nacionalidad e identidad de los pueblos. No tenemos más que ver que es lo que sucede en Argentina y Latinoamérica, hay una evidente separación de la cultura de y de la naturaleza humana, perdiendo su “espacio de juego” porque no logran re- encontrarse y re- encauzarse en una mirada hacia lo trascendente.

La dignidad de la persona y las exigencias de la justicia exige, imperiosamente, que las opciones económicas no aumenten las desigualdades entre las personas y el lugar donde viven, buscando el acceso al trabajo de todos, evitando el asistencialismo del Estado que los convierte en rehenes del gobierno de turno. Porque el aumento de las desigualdades entre los diversos grupos sociales, no sólo erosiona la cohesión social, sino que pone en jaque el mismo sistema democrático y republicano de gobierno.

Hoy las actividades económicas patentizan la situación de inseguridad estructural que genera actitudes anti reproductivas, de despilfarro de recursos humanos, en cuanto el trabajador tiende a adaptarse a los mecanismos rutinarios y automatizados perdiendo toda capacidad creativa.

También el exaltar excesivamente la dimensión tecnológica, aunque podamos obtener beneficios a corto plazo, obstaculiza el enriquecimiento mutuo y tenemos que sopesar las consecuencias que esto produce en las personas.

En la Encíclica “Populorum Progressio”, ya hace 40 años atrás, el argumento central y fuerte es: que el progreso, sigue siendo no sólo un problema candente, urticante, sino también causa de la crisis social, económica y financiera del mundo. Hubo desarrollo en algunas regiones pero otras siguen subsumidas y sumergidas en la pobreza, en situación de miseria, de exclusión o de inclusión con exclusión, tal como ocurre en la Meseta Intermedia de la Provincia de Chubut.

Es necesario señalar que la lógica del don no se yuxtapone ni excluye con la justicia y el desarrollo social, económico y político y que necesita ese espacio de gratuidad para ser fraterno y verdaderamente humano.

Un proceso de globalización más equitativo

Sin embargo, aunque el siglo XXI nos sorprende con importantes avances en materia de desarrollo social y económico, científico-tecnológico y profundización de las democracias, no se puede negar que el mundo vive en permanente tensión y conflicto. La brecha existente entre los países que han logrado cierta estabilidad social y económica, es cada vez mayor con respecto a países como el nuestro, donde la pobreza, la injusticia y la falta de equidad provocan graves problemas sociales, para los que aún, no parece haber solución.

Los años noventa han sido el escenario de una insólita repolitización; las categorías individualistas han dejado espacio a los códigos éticos y la atención ha pasado de la esfera privada a la pública. La evidencia que el crecimiento económico no resuelve inmediatamente, el problema de la redistribución, ha hecho especialmente patente nuestra carencia de referencias éticas para la articulación de la solidaridad. La conexión entre crecimiento económico y pleno empleo se ha convertido en algo contingente. Cada vez se necesita un mayor nivel de crecimiento para alcanzar un determinado efecto en el nivel de empleo. El incremento del producto social bruto, exclusivamente, no asegura los presupuestos del estado de bienestar.

La situación actual es muy diferente: la estructura del mercado del trabajo amenaza con una inestabilidad e inseguridad social duradera sobre amplias categorías de individuos normales. El desarrollo de la exclusión económica se ha tornado una situación estable y no una disfunción transitoria del desarrollo económico. No se trata de una consecuencia del desequilibrio global entre la oferta y la demanda. Por otro lado, la fatalidad pesimista imputa todos los males económicos a la globalización impulsando así un proteccionismo primario. Pero en ambas actitudes hay una idéntica renuncia a entender lo económico como un ámbito de libertad, de configuración política. Para escapar a este dilema parece necesario asegurar la solidaridad, la solidaridad es un valor.

Si una cualidad de los cambios complejos, es parte de la dinámica de los sistemas, vemos paradójicamente que a esa aceleración de las acciones humanas se contrapone con una lentitud en la evolución biológica.

Como señala el Papa Francisco, en su Encíclica “Laudato si’ ” (2015:17) “no necesariamente se orienta el desarrollo humano al bien común, integral y sostenible” ¿Qué genera esto? Preocupación porque genera deterioro en el mundo y en la calidad de vida de sus habitantes.

Nos hace un llamado, que no podemos des-oír, a tomar la dolorosa y una verdadera conciencia planetaria para corregir, re- ordenar nuestro accionar en el planeta y convertir el sufrimiento humano porque todos, desde el lugar que estemos tenemos una deuda moral y social con el que menos tiene, con los que sufren, por qué porque somos *frater*, son nuestros hermanos, iguales en todo a nosotros.

Lamentablemente nuestra humanidad ha hecho propia la cultura del “descarte” ya manifestada ampliamente por Sigmund Bauman en varios de sus libros, que terminamos cosificando a la humanidad y las personas corren el mismo camino y destino que el de las cosas materiales: se convierten en *basura*.

No podemos seguir distraídos frente a este tipo de patrones culturales, que no afecta sólo a un grupo reducido, sino al universo entero, en lo humano y en lo ambiental. O cambiamos todos como humanidad, nuestros valores, nuestro estilo y modo de vida, de consumo, de producción o, todos estaremos inexorablemente afectados por este fenómeno mundial.

El desgarrante y triste aumento de los inmigrantes y peripecias que los llevan hasta perder la vida escapando de la miseria de sus propios países, es empeorada la situación de ellos, por la degradación ambiental en la que viven en condiciones inhumanas, no sólo en sus países de origen, sino a los países a que escapan en desesperada búsqueda de mejores condiciones de vida, pero a los países que llegan no son reconocidos como refugiados y cargan sobre sus vidas el ser “*siempre parias*” abandonados sin protección normativa alguna, ni siquiera por las organizaciones internacionales de los derechos humanos!!!

Hay en el mundo una indiferencia generalizada a estas verdaderas tragedias humanas que lo vemos a diario en las condiciones precarias y hostiles que se lanzan al mar con mujeres y niños para lograr que al menos ellos encuentren una vida más digna.

Mientras tanto, aquellos que detentan el poder enmascaran los problemas y no aparecen como temas a tratar en las reuniones internacionales de los mandatarios del mundo y, cada uno de nosotros, tiene una deuda social que tenemos que saldar en parte con la ayuda que podamos brindar en forma humanitaria y fraterna a los pueblos más pobres, más desposeídos y vulnerables, como pueden ser el pueblo africano o nuestro querido pueblo latinoamericano.

Preservar de la calidad humana

El ser humano habita este mundo, ha sido creado por Dios, y tiene derecho a vivir con dignidad y ser feliz. Por ello, no es propio de las personas de este

mundo vivir en ciudades de cemento, privadas del contacto con el medio ambiente natural. Francisco (2015:35) “Entre los componentes sociales del cambio social y globales incluyen efectos que tienen que ver con lo cultural, las innovaciones tecnológicas, la inclusión social, la inequidad en la disponibilidad y el consumo de la energía y de otros servicios, la fragmentación social, el crecimiento de la violencia y el surgimiento de nuevas formas de agresividad social, el narcotráfico y el consumo creciente de drogas entre los jóvenes, la pérdida de la identidad y grupos de pertenencia...”

Estos son sólo algunos signos de la degradación social y personal, silenciosa ruptura de lazos de integración y vinculación social.

Tenemos un desafío por delante, indelegable como personas, miembros de la humanidad, y es generar un diálogo y encuentro fraterno y misericordioso entre nosotros, que no se logra con la mera acumulación de datos e información digital que termina saturando y contaminándonos mentalmente, físicamente y moralmente. Nos transformamos en verdaderos autistas, lo que implica reemplazar la vincularidad real con-el-otro.

La inequidad no afecta sólo a los individuos sino a países enteros y obliga a plantearnos una ética solidaria y convergente; ya que hay una verdadera brecha entre los países del Norte y los del Sur, no sólo económica, sino también cultural y social con implicancias en el ámbito ecológico.

Aumentar la transparencia social es hacer que emerjan de forma más localizada las necesidades y las aspiraciones. La solidaridad no puede basarse sólo en reglas y procedimientos, debe tener también una dimensión voluntaria. El Estado sería más aceptado si los mecanismos que pone en marcha fueran explícitos para todos. Este esfuerzo por la verdad no está exento de riesgos. Obliga a tener en cuenta todas las realidades que los modelos macroeconómicos usuales rechazan o ignoran: los pequeños privilegios, la extrema heterogeneidad de la condición salarial, la falta de equidad en el trato fiscal. La transparencia tiene un coste. Puede engendrar tensiones y conflictos. Pero la conflictividad reconocida está en el origen de la autogeneración social.

Simultáneamente las formas estatales de solidaridad no son suficientes para compensar los efectos de la atomización social ni los conflictos sociales. La alternativa a esa dinámica perversa entre el individualismo y demanda del Estado debe tener una dimensión societaria: se trata de hacer que exista una sociedad civil con mayores espacios de intercambio y fraternidad que puedan insertarse en su seno, que no estén proyectados sobre los polos exclusivos del mercado y del Estado.

La racionalidad instrumental y estratégica no sirve al militante. Además, no cualquier racionalidad ni cualquier ética es compatible con la mínima dignidad, por ello, la ética de la liberación parte así de la simetría de las víctimas, antes,

asimétricamente excluidas, por un sistema de explotación que expropiaron la vida del Sur para organizar la abundancia del Norte.

No son pocos, y yo también me reconozco entre ellos, los que repuntan la democracia un proyecto “inacabado”, concepción simple de verificar si se observa de cerca el progresivo ampliarse de un valor como el de la ciudadanía, con todas sus implicancias que conlleva. Todo ello requiere que se mantenga lealtad a un puñado de valores, o fines en sí mismos, la libertad, la fraternidad, la igualdad, la dignidad, la justicia, la solidaridad.

Además el sentido del límite, las instituciones tienen que mantener, respecto de algunos intereses, una cierta neutralidad para permitir a cada uno ser artífice de su propia existencia.

El pensamiento cristiano moderno y contemporáneo, sino también democrático, han querido re- descubrir, en el ámbito de la ciudadanía, el sentimiento político y civil de la fraternidad, entendida como “solidaridad de ciudadanía”. Pero la fraternidad representa raíces cristianas más definidas, es algo muy distinto tanto que se la puede definir como una categoría política fundadora y autónoma, de profundas raíces cristianas, que le impiden ser confundida con otros valores, por más respetables que sean.

Vista en su peculiaridad, la fraternidad constituye un elemento fundador porque garantiza la supervivencia y la cualidad de una sociedad política, que funciona a través de sus diversidades. De ahí, se desprende, que el olvido de la fraternidad se da en toda realidad que, más que el camino de la convivencia haya tomado el del error, como sucedió en Francia.

Fraternidad y ciudadanía parecen ser dos entidades capaces de sostenerse recíprocamente porque si la segunda implica, de hecho, la igualdad, la primera tiende también a valorizar las diversidades que garantizan el efectivo respeto recíproco. De hecho, para que haya efectiva ciudadanía debe haber una real paridad de tratamiento. Paridad no implica tener las mismas competencias o poseerlas, sino tener todos la misma dignidad, derechos y obligaciones.

Pero a modo, de desafío por delante ,tenemos que asumir la dignidad y diversidad “ del otro” , en su verdadera dimensión de persona humana, tal como es, nos guste o no nos disguste, con fraternidad solidaria y que nuestras acciones estén dirigidas por el bien común, que supone la inclusión del otro.

Desde esta perspectiva fraterna el “sí mismo” no se hace nominativo- Ego Cogito”, ni siquiera ni siquiera en acusativa, sino en “dativo” de quien recibe y se recibe.”(Del Percio, Enrique: 2014)

Hay dos tipos de dativo, el del espacio (uno da cosas) y el del tiempo. Dentro del dativo del tiempo, el verdadero dativo personal no es el del tiempo

cronológico, de quien meramente co-existe con-el-otro, sino el dativo de quien se entrega totalmente en este tiempo

El nombre del hombre, lo que lo designa como “yo” es el AMOR, y este nos obliga y nos lleva por otro camino, el camino de lo vocativo-genitivo, dativo, ablativo y al final el nombre del hombre recobra su rostro a través de nuestro acto de amor. Amor es el nombre de la persona.

Y porque somos esperanza hasta el final revalorizamos la actitud fraterna y dativa en nuestra comunidad. El yo, de alguna manera, entre el ocaso y el alba, osa musitar siempre su propio nombre y patentizar su rostro humano.

Es al final y sólo al final cuando el yo madurado en el “nosotros”, co-nace y renace a los demás. Desde la perspectiva del amor ¡envejecer es renacer!

Revertir el proceso de vaciamiento conceptual y ético de América Latina, es indispensable, si políticamente aspiramos a vivir en una democracia republicana.

¡Cuánto ganaría, en términos democráticos, en sensibilidad, y en lucidez, una concepción de la cultura que fuera capaz de manifestar a la persona y promoviera el valor de la diversidad y el pluralismo expresivo!

La magnitud de la tarea inducirá a muchos a preguntarse si es posible. Creemos al menos que es indispensable y lo indispensable es posible siempre que los obstáculos y las dificultades nos encuentren encaminados en la dirección éticamente correcta. Para ello, es necesario crear un ámbito de convergencia, donde se ponga de manifiesto que dada la índole y dimensión de los problemas, se requiere la participación responsable de los afectados en las tomas de decisión. Hay que contribuir a crear un pensamiento sinfónico, convocado por la responsabilidad cívica. Creo que no debemos dejarnos amilanar por el denso escepticismo que invade el ánimo de nuestro tiempo.

Bibliografía:

Mounier, E.: “*El personalismo*” Salamanca. España. 2002. Ediciones Sígueme.

Centro de Documentación Hegoa, Boletín de recursos de información nº35, Mayo 2013. Tema Central: Las nuevas cifras del hambre de la FAO.

http://publicaciones.hegoa.ehu.es/assets/pdfs/291/BoletIn_hegoa_nº35.pdf?1390219460

Benedicto XVI: *Encíclica “Caritas in Veritatis”* Versión cursiva digital.

Benedicto XVI: Opt. Cit. Versión Digital

Benedicto XVI: Opt. Cit. Versión Digital.

Juan Pablo II: Encíclica "*Laborem Exercens*" .Buenos Aires. Argentina 2000.
Ed. Paulinas

Di Lascio, C. "*Filosofía y emancipación: pensar para y desde Latinoamérica*"
Versión Digital. Pag.12

Del Percio, E. "*Fraternidad o barbarie. Antagonismo, conflicto y deseo en la sociedad contemporánea*" *Versión Digital.*

Del Percio, E. "*Ineludible fraternidad*" Argentina. Ediciones Ciccus. 2014

Pezzimenti, Rocco: "*Ética los desafíos de la Modernidad*" Argentina. Ediciones Ciudad Nueva 2014

Gómez, Ricardo: "*Neo liberalismo, fin de la historia y después*" Argentina. Editorial Punto de Encuentro 2014

Cassalla, Mario: "*América Latina en Perspectiva*" Argentina. Ediciones Ciccus 2011

Papa Francisco: "*Carta Encíclica Laudato si'* ". Ediciones Conferencia Episcopal Argentina 2015